

CLACSO
#8

RED DE POSGRADOS
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Adecuación de la matriz
latinoamericanista en el
discurso de Fidel Castro
durante el período
1959-1986

Ana María Corrarello

2011

Corrarello, Ana María

Adecuación de la matriz latinoamericana en el discurso de Fidel Castro durante el período 1959-1986. - 1a ed.
- Buenos Aires : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2011.
Internet. - (Red CLACSO de Posgrados / Pablo Gentili)

ISBN 978-987-1543-78-6

1. Ciencias Políticas. 2. Cuba. I. Título
CDD 320

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

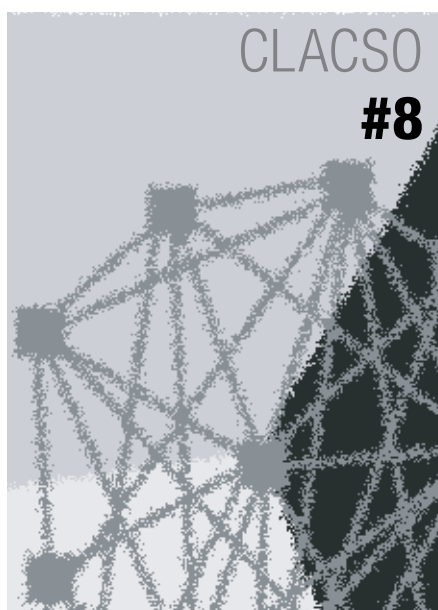
Secretario Ejecutivo: Emir Sader

Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales

Av. Callao 875 | piso 4º "G" [recepción] | C1023AAB | Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459

clacso@clacso.edu.ar | www.clacso.org



Coordinación:

Pablo Gentili
Fernanda Saforcada

Asistencia académica:

Victoria Mutti
Denis Rojas

El presente trabajo es el resultado final del Seminario Virtual CLACSO "Las utopías de la Revolución Cubana", dictado por los profesores Luis Suárez Salazar y Tania García Lorenzo (2010).

Las opiniones vertidas en este documento son exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente expresan la posición de CLACSO.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Red de Posgrados

ISBN 978-987-1543-78-6

Patrocinado por



Agencia Sueca de Desarrollo Internacional

Resumen

El presente trabajo pretende dar cuenta, aunque de manera parcial, ya que el mismo se inscribe en mi investigación doctoral todavía no concluida, de que en la matriz discursiva castrista se produce una adecuación de la matriz latinoamericanista conforme a dos períodos revolucionarios bien diferenciados: 1959-1964 y 1965-1986.

Se podrá apreciar que a pesar de los cambios estructurales con respecto al proyecto revolucionario autóctono como consecuencia de las condiciones coyunturales de la Guerra Fría, la matriz discursiva castrista muestra ciertos desplazamientos en torno al tópico de la integración latinoamericanista pero no desaparece, como tópico discursivo, a lo largo del período analizado.

Palabras clave: Análisis del discurso; matriz discursiva; integración latinoamericana; Fidel Castro; Revolución Cubana.

1. Justificación del recorte del *corpus*

La periodización que realicé a los fines de obtener un modelo de análisis contrastivo, no desconoce las etapas de la Revolución Cubana, descritas por Guerra Vilaboy y Maldonado Gallardo (2006) que si bien no son coincidentes, permiten diferenciar etapas discursivas en relación con las condiciones de producción de los discursos analizados. De manera que el primer período que aislé, 1959-1964, comprendería la Segunda Etapa (1959-1961) y parte de la Tercera (1962-1970).

El segundo período, 1965-1986, se correspondería con la Tercera y Cuarta Etapa (1971-1989). El corte realizado en el año 1964 no es arbitrario. En 1964, después de la Declaración de Santiago de Cuba¹, el tema de la integración de Cuba con los países de América Latina sufre un desplazamiento en torno a la idea de la “unión latinoamericana” por sobre la Revolución, que hasta ese momento daba cuenta la matriz discursiva castrista, en adelante MDC.

El primer período aislado, corresponde, en sus primeros años al “tránsito del capitalismo al socialismo” con la adopción de medidas tendientes a mejorar

Ana María Corrarello: Profesora en Letras. Magister en Análisis del discurso por la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Docente-investigadora de la misma universidad.

¹ La “Declaración de Santiago de Cuba” se realiza el 26 de julio de 1964 ante una gigantesca manifestación popular en respuesta a las acusaciones de la Resolución de la OEA contra Cuba. A partir de allí varios países latinoamericanos rompen relaciones con Cuba. Votaron a favor de la Resolución: Santo Domingo, Honduras, El Salvador, Guatemala, Panamá, Costa Rica, Colombia, Brasil, Paraguay, Perú y Venezuela.

las condiciones de vida como consecuencia de las reformas de tipo económico. Entre ellas, las más notables fueron la Reforma Agraria y las nacionalizaciones de diferentes monopolios norteamericanos (azúcar, petróleo, comunicaciones, electricidad), en consonancia con las continuas agresiones norteamericanas a la Revolución. Es en esta etapa en que se produce una radicalización ideológica y se proclama el socialismo después del triunfo de Playa Girón. Otro hito importante en estos primeros años fue la Campaña de Alfabetización (1961). También marcó este período la llamada Crisis de Octubre o Crisis de los Misiles de octubre de 1962. Se derrota la contrarrevolución y se produce la integración de las organizaciones revolucionarias y una consecuente consolidación de la economía, aunque no libre de contradicciones internas entre los modelos a adoptar.

El segundo período aislado, tras una recuperación económica aunque con diferencias sobre el sistema de dirección económico a adoptar, va hacia la búsqueda de un socialismo autóctono y, en medio de un alivio de las tensiones externas, hacia la institucionalización de la Revolución, que tendrá su hito fundacional a partir del I Congreso del Partido Comunista celebrado en diciembre de 1975.

En 1972 se produce la inclusión de Cuba al CAME², y la consecuente adopción del modelo soviético. Con condiciones ventajosas para Cuba se consolidaron las relaciones económicas con la URSS y Cuba prosperó en muchos aspectos. Ese proceso de institucionalización culminó con la Constitución de 1976. Se vivieron unos años de cierta “distensión” diplomática, pero hacia mediados de los años 80 las relaciones con la URSS comenzaron a complicarse como consecuencia de los cambios que se avecinaban en torno a la nueva política de Gorbachov, con consecuencias negativas para la economía cubana y que condujeron al llamado “proceso de rectificación de errores y de tendencias negativas” con la idea de desmontar parte del sistema de dirección de la economía, atacando, entre otras cuestiones, la burocratización del estado.

2. Marco teórico

Como mi especialización en Análisis del Discurso compete a un campo de investigación inter y multidisciplinario, quisiera exponer algunas notas referidas al marco teórico que me permitan compartir, en este curso, el campo disciplinar, y poder contribuir a la comprensión de los alcances y resultados de mi trabajo. Trabajo que me permitió indagar sobre la discursividad de Fidel Castro durante el período fundacional de la Revolución y recortar una matriz discursiva estable, investigación que en la actualidad continúa en mi doctorado.

En primer lugar, hay una consideración fundamental para todo aquel que aborde los discursos sociales desde esta perspectiva teórica. Abordar una determinada configuración de sentido, es abordar el sistema de relaciones que el discurso como “objeto” mantiene con sus condiciones de producción, por un lado, y por otro, las que dan cuenta de sus efectos, sabiendo que “un enunciado es siempre un acontecimiento que ni la lengua ni el sentido pueden agotar” (Foucault, 1999: 46).

Considero este principio fundamental para la práctica del analista y que sentía necesario comentar frente a otros abordajes, sobre todo, los de las Ciencias Políticas.

En cuanto al ámbito de los discursos sociales, y en especial al estado actual de los trabajos sobre discurso político, quiero destacar las contribuciones de Patrick Charaudeau (2005) y de Eliseo Verón (1987; 1996; 2003) que tienden a encontrar una lógica del proceso político contemporáneo a partir de la indagación de su funcionamiento discursivo, dimensión fundamental para

2 Consejo de Ayuda Mutua Económica (1949-1991).

la comprensión de los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social. En la actualidad el estudio de la comunicación política ofrece un desafío para el analista en tanto *discurso de campo* (Fabbri, 2002) que articula una teoría de la persuasión con una teoría de los efectos del discurso y una reflexión sobre el carácter *interaccional* de lo político. En esa compleja red de relaciones entre lenguaje y acción política se vislumbra la cuestión de fondo para el análisis del discurso que es la de saber en qué medida se puede revelar en qué consiste la realidad del poder, cuestión indisociable de nuestra investigación. La legitimidad de la racionalidad política no es el eje sobre el que gira el análisis del discurso político, como lo podría hacer la filosofía política o la historia, pero sí se interesa por los discursos que posibilitan esa racionalidad política en relación con la regulación de los hechos sociales. Charaudeau parte de la hipótesis de que el discurso político carece de sentido fuera de la acción, ya que los dos, discurso y acción, son componentes del intercambio social por medio del lenguaje. Como hecho de comunicación, el discurso político posee una dimensión “externa” en tanto los actores involucrados en ese proceso tienen atributos psicológicos y sociales a priori, y una dimensión “interna” en la cual los actores poseen atributos propios del lenguaje y como tales se construyen como “seres de lenguaje” a través de sus manifestaciones lingüísticas. El discurso político construye una identidad discursiva y apunta a influir en el otro actor del intercambio, por lo tanto este tipo de intercambio *interaccional* no depende solamente de la intención del sujeto hablante sino también del encuentro con el sujeto que interpreta. De esta manera, los aportes contemporáneos en cuanto a la práctica política coinciden en contemplar la imposibilidad de disociar la acción política de la matriz significante que la engendra (Courtine, 2006).

En torno a este marco general, y en relación con mi trabajo en particular, desarrollado en mi tesis de maestría³, en primer lugar, pude observar que la legitimidad de la palabra política estaba vinculada, desde el punto de vista enunciativo, con la construcción de dos entidades discursivas centrales: Revolución y Pueblo. Un tipo particular de homologación, que he llamado “delegación enunciativa”, permitió observar cómo se equipara en el discurso castrista la figura del enunciador político con la “Revolución”, que se construye así como objeto semiótico capaz de producir cambios políticos y sociales necesarios después de la dictadura de Batista. Este tipo de “delegación enunciativa” opera también sobre la categoría “Pueblo”, que se construye como autónoma, soberana y responsable de los éxitos y de los fracasos políticos. Desde el punto de vista argumentativo, se despliega una retórica capaz de anular “diferencias ideológicas”, invirtiendo puntos de vista, con la finalidad de producir “identidades compartidas”. Este mecanismo, recurrente en la lógica argumentativa del discurso castrista, me condujo a describir una “retórica negociadora de distancias” que posee un carácter altamente eficaz a los fines de la argumentación.

En segundo lugar, desde una perspectiva dialógica, (Bajtin, 1982) pude dar cuenta del proceso de interacción entre enunciados propios y ajenos y observar cómo el discurso castrista “integra” distintas formaciones discursivas de base, apropiándose de un *interdiscurso* proveniente de la esfera religiosa, del campo socialista y del Iluminismo. El predominio del *interdiscurso* religioso, durante el período fundacional, me permitió comprobar cómo se neutraliza la representación política para proyectarla hacia un lugar vinculado con una doble dimensión: lo moral y lo pasional. De esta manera se produce un desplazamiento de la esfera política hacia el campo de las emociones y de los valores. El predominio del *interdiscurso* religioso sobre los otros *interdiscursos* mencionados anteriormente, opera como un “piso receptivo”, una zona de

3 Ver: Corraello (2007).

supuestos compartidos que garantizan un reconocimiento y adhesión más allá de la dimensión simbólica desplegada por la Revolución como hecho social y político relevante para Cuba.

En tercer lugar, el estudio de este desplazamiento discursivo me permitió reconstruir la figura del enunciador político como “figura profética” y aislar un “dispositivo pasional de la voz”. Con respecto a la primera cuestión, los trazos tangibles que deja esta figuración, proyecta la imagen de un guía espiritual, de un defensor del pueblo oprimido, interesado en los valores humanos y que puede hablar en nombre del interés general. Un “gesto profético” que no solo comunica un mensaje sino que como los Profetas del Antiguo Testamento “realizan la historia”. El enunciador político será quien *anuncie* la Revolución, *denuncie* las injusticias del mundo capitalista, *adoctrine* al pueblo cubano e *interprete* la historia. Estas diferentes posiciones que el sujeto construye constituyen un “simulacro pasional” que nos permite abordar la segunda cuestión referida al “dispositivo pasional de la voz”. El discurso castrista, despliega, en esta etapa fundacional, la “ilusión colectiva” de un nuevo orden político. Esa “ilusión” está configurada por la voz del enunciador, entendida aquí como el elemento empático del discurso, el lugar desde donde se juega la posibilidad de alcanzar la subjetividad del otro (*pathos*) y de producir un efecto emocional sobre ella. La ejemplaridad heroica, la única interpretación de los hechos, los renunciamentos y los sacrificios revolucionarios, van creando una memoria nacional, no sólo en relación con el pasado, sino también una memoria “anticipada” hacia el futuro. Hemos llamado “voz de la memoria” a esta primera categoría del dispositivo. La segunda categoría corresponde a la “voz de la utopía” en la que confluyen la utopía cristiana y la marxista en tanto conversión del hombre en “hombre nuevo”. Esta voz construye dos sujetos antagónicos: *un sujeto del deseo* –la Revolución– que aspira a recuperar un paraíso perdido y *un sujeto del poder* responsable del despojo y de la injusticia, bajo la uniforme designación de “enemigo”. Como última categoría, la “voz de la provocación” cierra este dispositivo pasional. Las consignas *Patria o Muerte* y *Venceremos*, como fórmulas nominal y verbal respectivamente, se vinculan con el sentido de la amenaza y de la incitación como estados del sujeto que convocan a la acción y que ponen en juego la autoridad del enunciador.

Para este trabajo, que es un adelanto para mi tesis de doctorado, tomaré el concepto de *matriz discursiva*, acuñado por Jean Claude Beacco (1988). El mismo remite a un espacio común donde se generan discursos que comparten ciertas regularidades y a un molde que permite dar forma discursiva a datos diversos. En su libro *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862) Estudio glotopolítico*, Elvira Arnoux presenta la matriz de los discursos sobre la “Unión Americana” y designa de manera amplia el término “discurso latinoamericanista” para referirse “a todos aquellos que han planteado el tema de la unidad aunque el alcance y las denominaciones hayan sido variadas: Hispanoamérica, Indoamérica, Nación sudamericana, Latinoamérica, Nuestra América, la Patria Grande” (Arnoux, 2008: 93).

Dicha matriz latinoamericanista funcionará como “grilla de análisis y clave interpretativa de los procesos latinoamericanos”, de interés por su función argumentativa. La misma presenta ciertos componentes estables que se articulan con diferentes núcleos y que se despliegan de manera diversa según las condiciones de producción y tienen una función argumentativa destinada a convencer acerca de la necesidad política de la unidad. En la investigación realizada por Arnoux se pueden identificar los siguientes componentes de base y sus respectivos correlatos estilísticos. El componente que desencadena la argumentación discursiva es la referencia a la *amenaza militar y económica*, en el plano estilístico, corresponde con un tono épico. Otro de los componentes

aislados es el *programático*, que señala, a modo de declaración de principios, las medidas a adoptar, por aquellos que tienen voz, vinculadas con la convicción democrática y republicana. A su vez estos componentes se vinculan, por un lado, con el reconocimiento de la “unidad natural” de América Latina, y por otro, con un *componente utópico* que remite a un futuro venturoso y que se corresponde, desde el estilo, con un tono profético.

Sobre la base de esta matriz estable, que se construye en el siglo XIX y que se mantiene hasta el presente, se construye una memoria discursiva que da cuenta de saberes, dispositivos, modos de decir, de los cuales el sujeto se apropia o en los cuales se inscribe y remiten a temporalidades que superan el tiempo corto del acontecimiento discursivo. En síntesis, la matriz es un esquema a partir del cual se piensa la unidad latinoamericana, por ello, como sostiene Elvira Arnoux, los sujetos que enuncian un discurso latinoamericano se inscriben fácilmente en ella. A pesar de que los componentes que integran dicha matriz varíen, presentan una gran estabilidad que toma consistencia en las diferentes voces enunciadoras.

3. La matriz latinoamericanista

3.1. El discurso de José Martí: uno de los núcleos de la matriz latinoamericanista

El pensamiento patriótico, antiimperialista, democrático y socialmente avanzado de José Martí ejerció una influencia destacada en el líder máximo de la Revolución Cubana. Es así que en varias oportunidades diría que “antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano”, por eso entendemos que para encarar la adecuación de la matriz latinoamericanista en el discurso de Fidel Castro es necesario hacer un recorrido por el pensamiento de Martí en lo concerniente a lo que él denominó “americanismo”.

Raimundo Lazo, al prologar *Escritos de un patriota*, dice de Martí: “[...] ninguna voz más clara e insinuante que la de Martí para denunciar las grandes falacias políticas del mundo actual, y para dar a toda la América la lección esclarecedora de su ser, de su deber, de su porvenir” (Lazo, 1946: XLI).

En relación con los componentes del dispositivo latinoamericanista descrito por Elvira Arnoux, interesa para nuestro trabajo identificar los núcleos semánticos cuyo rol argumentativo tiene el peso suficiente para adherir a la tesis americanista postulada por Martí.

Podemos identificar dos grandes núcleos semánticos, uno vinculado con la idea de “amenaza” y el otro con la idea de la “unión natural”. De ambos se desprenden otros componentes que se articularán en la formación discursiva “americanismo”. De esta manera la “amenaza” implica un imaginario independentista y apela y advierte sobre el enemigo externo con un fuerte tono programático que facilita el desplazamiento hacia lo utópico:

“Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene el tigre encima” (Martí, 1946: 8).

La “amenaza” es la figura de un enemigo bestializado, que acrecienta el temor y advierte sobre los peligros: “De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo” (Martí, 1946: 11).

El “tigre” primero, luego el “pulpo”, como metáforas de la amenaza, devienen, bajo la referencia directa, en un “enemigo” identificable: “El desdén del

vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo” (Martí, 1946: 12).

Estas metáforas de la “amenaza” contienen el fantasma de la guerra, de allí su advertencia y también la posible función de movilizar a los pueblos.

Con respecto al componente “unidad natural” se exalta el espíritu de los pueblos originarios de América en contraste con Europa, serán “pueblos de pierna desnuda y casaca de París”, dirá Martí:

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México, la república en hombros de los indios [...] Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur [...] no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra ha de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico (Martí, 1946: 7).

La idea de “unión natural” está dada por el compartir un destino histórico uniforme, de sufrimiento y dolor compartido que convierte a América Latina en un solo pueblo, “una en alma e intento”, dirá Martí:

[...] el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños (Martí, 1946: 12).

¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva! (Martí, 1946).

El tono épico que notamos en las referencias a la historia común y a la unidad geográfica permiten un desplazamiento hacia un discurso utópico: la “América Nueva” que se refiere, todavía no lo es, está por serlo.

4. Inscripción del discurso de Fidel Castro en la matriz latinoamericanista

4.1. Tópicos afines al destino latinoamericano

Para el análisis de este período he tomado los discursos conmemorativos del aniversario al Asalto al Cuartel Moncada. Los mismos corresponden al género oratorio descrito por Aristóteles como *epidíctico* en el que se destaca la necesidad de explicación de los hechos para mostrar la “nobleza” de las causas que se tratan. Reconocemos en ellos una función argumentativa, tal vez descuidada por la retórica clásica, pero observada por la “nueva retórica” Perelman y Olbrechts-Tyteca (1994), que consideran al género *epidíctico* orientado hacia la obtención de una adhesión y hacia el logro de una acción eficaz. Durante casi cinco décadas, el ritmo regular de los discursos fue construyendo un espacio de memoria solidario con la necesidad de reconocimiento de valores

y de exaltación de las virtudes patriótico-revolucionarias de los mártires de la Revolución. La evocación repetida instala los nuevos sentidos y va creando un campo memorable que refuerza la identidad revolucionaria y reinterpreta el pasado cubano. De esta manera, y siguiendo a Halbwachs, (1994: 21) el discurso conmemorativo del 26 de Julio es un entorno favorable para la memorización que actuará como “marco social” de la memoria revolucionaria.

Podemos decir, que Cuba se fue convirtiendo en una ‘sociedad memoriosa’ que ha contribuido a crear una identidad revolucionaria, que se ha sostenido, independientemente del poder político, por el poder evocador del discurso castrista, por su poder de registro y de memorización, en síntesis, discúlpese la traspolación del sintagma derrideano, por su “mal de archivo”. La memoria se ha socializado en Cuba y los objetos memorables fueron, y siguen siendo, parte de sus recursos identitarios, pero siempre enmarcados en una dicotomía entre un “antes” y un “después” de la Revolución.

Durante la etapa de “fundación de la memoria revolucionaria”⁴ notamos que la glorificación del pasado compone una isotopía semántica que le otorga un estilo al discurso que designo como “elogio de la memoria”, porque pone en escena símbolos que restituyen la memoria histórica unificada a partir del conflicto del presente, es decir que la situación de enunciación recurre a la “ejemplaridad de la historia” para explicar el presente. Esto se vehiculiza en el discurso a través de ciertos tópicos que reinterpretan el pasado, pero siempre, en el marco de cada situación de enunciación.

En este trabajo nos interesa ver cómo se hace presente la matriz latinoamericana en la MDC. Para ello relevaremos, en primer lugar, ciertos tópicos que evocan una memoria unificada, que si bien remiten a Cuba, integran un continuum con lo latinoamericano. En primer lugar destaco *el recuerdo de las tragedias, el ‘rito de los muertos’ y los “héroes de la patria”*, que contribuyen a definir el campo de lo memorable y a instalar una identidad a partir del dolor compartido, tal como lo entiende Joel Candau:

[...]Venían a nuestras mentes los recuerdos de aquel primer 26, aquella tarde en que todo era amargura y dolor, en que sobre nuestro ánimo pesaba el dolor de los compañeros que habían muerto y el dolor de la derrota que obligaba a la patria a una espera [...]. Y recordar los minutos de adversidad es bueno [...] recordar el sacrificio y el dolor que han costado las victorias es bueno [...] (Castro, Sierra Maestra, 26 de julio de 1960).

El ejemplo de los caídos por la patria: Maceo, Máximo Gómez, Martí, lleva a la exhortación permanente, tanto a “jóvenes como viejos, hombres y mujeres”, para el esfuerzo y la toma de conciencia de su historia y de su destino histórico inscripto en el presente.

En segundo lugar, *la exaltación de las virtudes revolucionarias como “modelo” y como “ejemplo”*, tópico que coloca a la Revolución como “modelo” a imitar por los pueblos latinoamericanos. Una exaltación virtuosa de la Revolución aparece marcada por su “fuerza moral”, por la “simpatía que conquista con su dignidad” y por ser “acontecimiento decisivo” para la historia americana. El carácter prescriptivo que toma el enunciado que marcamos a continuación, pone de manifiesto el tópico del ‘modelo’ como argumento adaptado a la situación presente: “Tenemos que tratar de ser cada vez mejor ejemplo, para que no nos puedan destruir, ¡porque nos quieren destruir para que no seamos ejemplo!” (Castro, Sierra Maestra, 26 de julio de 1960).

La Revolución es “modelo” por todo lo que ha logrado en una sociedad semi-feudal y que en la cita que tomo del discurso del 26 de julio de 1960, adquiere toda-

4 Corresponde al período 1959-1962, desarrollado en la tesis de maestría ya citada.

vía más expresividad por el desajuste que produce la negatividad del ejemplo que se predica como logro: “Antes ni escuelas, ni hospitales, ni médicos, ni maestros, ni soldados trabajando, ni tierras, ni títulos, ni cooperativas, ni seguridad, ni alegría, ni felicidad, ni esa gloria y ese orgullo y esa satisfacción de estar luchando por algo”

La “fuerza moral” es un valor estructurador, no solo de la Revolución, sino también del pueblo:

[...] Y el pueblo no se acobardará jamás y el gobierno no se acobardará jamás ya que al fin estamos comprendiendo a nuestro Apóstol, [...] al fin hemos aprendido a vivir de pie y al fin hemos comprendido que más vale morir de pie que vivir de rodillas” (Castro, La Habana, 26 de julio de 1959).

En tercer lugar, un haz de tópicos comprometen la categoría de pueblo, no como pueblo del presente histórico, sino como un “pueblo imaginado”, un pueblo *metahistórico*. Fiel a los beneficios que otorga la heterodoxia, recupero, para referenciar esta categoría, una de las importantes contribuciones del pensamiento crítico, que hiciera Walter Benjamin en sus *Tesis* de 1940: la “*tradición’ de los oprimidos*”, categoría que en nuestro caso, contiene la idea de *explotación colonial y latinoamericanismo*. Durante el período de consolidación de la Revolución, el discurso castrista focalizó su atención en la “opresión” del pueblo llevada a cabo desde la Conquista y reproducida por Estados Unidos y los gobiernos afines y marcada por el carácter conceptual del “sacrificio” que adquiere valoraciones distintas (positivas y negativas) si se refiere al sacrificio revolucionario, que se entronca con el cristianismo, o al sacrificio impuesto por el “enemigo”: “Hemos llegado al poder no para sacrificar al pueblo, sino para redimirlo” (Castro, La Habana, , 26 de julio de 1959).

La persistente referencia a la esclavitud, llega a límites extremos de comparación como en este caso que, dadas las condiciones semif feudales en las que se encontraba Cuba no resultan situaciones anómalas: “No queremos ser pueblo sumiso, no queremos ser pueblo arrodillado [...] esta satisfacción que tiene hoy cada cubano de verse un ser humano [...] de sentirse pueblo y no rebaño, el hecho de sentirse hombre y no bestia”.

Bajo el sintagma *la lucha contra el “enemigo”* se concentra el tópico de la amenaza externa, que cruza toda la discursividad revolucionaria como única voz que permanece omnipresente y movilizadora de una gesta épica. Si bien en Cuba existió una tradición vinculada con el Imperialismo como “enemigo”, desde la prédica de Félix Varela, pasando por Martí, hasta las corrientes no anexionistas posteriores a su muerte, la consolidación de la fórmula nominalizada: *Imperialismo = enemigo*, se produce después del fracasado intento de la presidencia norteamericana de tomar Bahía Cochinos (Playa Girón, para la historiografía oficial cubana). De todas maneras, las distintas formas de nombrar al enemigo conducen siempre al Imperialismo. Esas variaciones sintagmáticas integran una serie abierta de categorías que van de lo general a lo particular y con evaluaciones de tipo peyorativo, que en esta etapa, tienen mayor densidad semántica y poder de adhesión que la fórmula nominalizada, “imperialismo” utilizada años más tarde: oligarquía, castas militares, grandes intereses, tiranías sangrientas, extranjero poderoso, *yankis*, criminales, politiqueros, ambiciosos, resentidos, bastardos, parásitos, gusanos, entre otros.

Los tópicos aislados constituyen un campo semántico afín a la referencia de América Latina como un continuum de opresión y esclavitud. El pueblo es el actor de la historia, el que es capaz de producir el cambio revolucionario, a partir del ejemplo:

Y aquí, frente a la cordillera invicta, frente a la Sierra Maestra, prometámonos a nosotros mismos a seguir haciendo de la patria el ejemplo

¡que convierta a la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del continente americano! (Castro, Sierra Maestra, 26 de julio de 1960).

De tal manera, en la representación del pueblo como “actor de la historia” se construye la figura del “rebelde” como héroe épico, que trasciende las fronteras del presente y que es capaz de construir una realidad *metahistórica* sin “opresores ni oprimidos”.

4.2. América Latina dentro del horizonte de expectativa de la Revolución: 1959-1964

El análisis de los discursos que componen el corpus de este primer período, presentan una regularidad que se instala en la matriz discursiva castrista (MDC) que presenta a América Latina como parte integrante del proyecto revolucionario. En el primer Aniversario al Moncada, celebrado en el marco de la incipiente Revolución, 26 de julio de 1959, ante una concentración campesina y a seis años de aquel 1953, las alusiones a América Latina se presentan en relación de equivalencia con la Revolución:

Parece –insensatos, insensatos, ¡insensatos!– que no comprenden que hoy Cuba no es sólo Cuba ¡Hoy Cuba es el sentimiento de toda la América Latina! Insensatos, que no comprenden que Cuba no puede ser agredida, porque agredir a Cuba es agredir a toda América Latina (Castro, La Habana, 26 de julio de 1959).

Y así como aparece la “agresión” en situación equivalente también aparece un paralelismo expresado en el sintagma contrastivo “ayuda”: “[...] porque saber que ayudar a Cuba es ayudar a la liberación de todos los pueblos hermanos de América Latina [...]”.

Esta homologación entre Cuba y América Latina pone en evidencia que el enunciador político reconoce la pertenencia natural de Cuba a un destino histórico marcado en la memoria latinoamericana después de la conquista y colonización. Esta homologación también tiene un alto valor argumentativo, de valor simbólico, al producir una identificación entre ambos destinos:

[...] lo primero que nos importa es lo que piense nuestro pueblo, y lo que piense nuestro pueblo será lo que piensen los pueblos hermanos de América, cuando por encima de todas las campañas pagadas se abra paso la verdad (Castro, La Habana, 26 de julio de 1959).

La idea de incluir en el proyecto revolucionario a América Latina conlleva la necesidad de designar “amigos-enemigos” en el campo político, como lo vemos en el mismo discurso:

[...] al pensar en la glorias de nuestra patria, en las glorias nacionales y en las glorias internacionales alcanzadas con honor, en el prestigio de nuestra patria, en la simpatía que tienen los hombres de pensamiento de nuestro continente [...] Porque la simpatía de los buenos de América corre pareja al odio de los malos de América.

Al año siguiente –Año de la Reforma Agraria– para la misma ocasión, Fidel Castro congrega a una multitud en Sierra Maestra y hace un balance de la situación jugando con la figura temporal “ayer/hoy” por medio de sintagmas paralelos y opuestos: “la injusticia de ayer/la justicia de hoy”; “la esclavitud de ayer/la libertad de hoy”; “la sumisión de ayer/la rebeldía de hoy”; “la humillación de ayer/la gloria de hoy”; “la vergüenza de ayer/el orgullo de hoy”. La *fuerza moral* que irradia la Revolución ante esta “inversión” de la situación lleva a unir bajo la idea de *destino latinoamericano* el *destino* de la Revolución: “Por la fuerza moral que irradia de

su Revolución [...] se va convirtiendo en un acontecimiento decisivo, no solo ya para la historia de nuestra pequeña isla, sino para la historia de nuestro gran continente” (Castro, Sierra Maestra, 26 de julio de 1960).

La idea de “ejemplo” para los pueblos de América unifica la Revolución ante el enemigo externo: “Si podemos ser ejemplo no podrán destruirnos”

En el discurso del 26 de julio de 1962, Año de la Planificación, en Santiago de Cuba, asoma la idea martiana de *destino*: “Cuando un pueblo es dueño de su destino, pasa eso, cuando un pueblo adquiere conciencia de su historia, pasa eso ¡Se vuelve una sola fuerza, se vuelve un solo brazo, un solo abrazo, un solo pensamiento!”.

Y en ese ser un *solo pensamiento* incluye a los latinoamericanos, pero también a la comunidad internacional socialista:

Hemos crecido, somos cientos de miles, somos millones. Y no somos solo los cubanos; somos los latinoamericanos ¡Y no somos solo los latinoamericanos, somos parte de la humanidad progresista, somos socialistas, somos marxistas-leninistas! (Castro, 1962).

Pero junto a esta ampliación que incluye una labor internacionalista, convive también la memoria histórica latinoamericana, “memoria de la opresión”, “memoria de los vencidos” que es producto de la historia de los combates y de las resistencias del continente frente a la subordinación colonizadora y a la subordinación del capitalismo. En el discurso del 26 de julio de 1963 –Año de la Organización– el enunciador político retoma el tema de la “lucha originaria” de los pueblos americanos, pero también hace uso, como veremos, de las estrofas de la “Marcha latinoamericana” elevando, así, el tono épico del discurso:

“Y nosotros somos cantera de ideas, cantera de luz para los trabajadores y los campesinos de América Latina, para los indios esquilados de América Latina y por eso de la voz del corazón inspirado de nuestro compañero Cartaya, que un día compuso el himno del 26 de julio, un himno que en un tiempo no era el himno de las multitudes, sino el himno que se entonaba en las solitarias celdas de las prisiones de la tiranía, y un día llegó a ser el himno de todo el pueblo combatiente, la marcha de toda la nación, así también por inspiración propia y por iniciativa propia, el compañero Cartaya ha creado la marcha de América Latina. Y esa marcha dice así: De pie América Latina/ Adelante, adelante, adelante,/Marchemos junto al socialismo/ Que es paz, progreso y redención/De pie América Latina/En la lucha gigante será/Los pueblos unidos como hermanos/ En un invencible haz/Cuba faro de América toda/Orgullosa, altiva os espera/Y que al grito de guerra se alcen/Las armas de la libertad/Campesinos, obreros e indios,/a luchar contra el yugo opresor/Mueran todos los imperialistas/América, Revolución” (Castro, 1963).

4.2.1. 1964: el desplazamiento de un dispositivo

Bajo este apartado quiero resaltar el desplazamiento que se produce en la MDC en torno al par “integración/revolución”.

Se puede observar en los primeros discursos de Fidel Castro, en el año 1959 que hay una firme convocatoria a la unidad de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Las referencias permanentes a la necesidad de impulsar un Mercado Común de América Latina como condición para superar la desunión del continente, es una prueba eficaz. Tomaré, a modo contrastivo, el discurso del 5 de mayo de 1959 en Montevideo, a pesar de que escapa al corpus de discursos seleccionado para esta etapa, pero me permití hacerlo porque resulta muy clara su posición:

La América nuestra tiene un destino propio [...] La América nuestra, con sus características geográficas, con sus características espirituales, con sus características materiales, con la idiosincrasia de nuestros pueblos, con el carácter de nuestros pueblos, solo puede seguir un camino enteramente propio. Difícil será la tarea de encontrar el camino propio en medio de las opiniones más disímiles, en medio de las ideas más contrapuestas. Pero hay algo que puede dignificar ese camino por encima de todas las disparidades de criterios, y es que los latinoamericanos busquemos aquellas cosas comunes a todos, busquemos aquellos intereses que son comunes a todos y, en pos de esa aspiración, unamos a todos los sectores de cada nación y a todas las naciones de América latina para lograr nuestro objetivo. Divididos [...] nada conseguiremos jamás. [...] *Unámonos, primero, en pro de aspiraciones económicas, en pro de la gran ambición y de la aspiración del desarrollo económico de América Latina, con economía propia, en pro del mercado común;* después de las barreras aduanales, podremos ir suprimiendo las barreras legales [...], y así algún día, aunque tal vez nosotros no lo veamos, las barreras artificiales que nos separan habrán desaparecido (Castro; énfasis propio).

Esa unidad de los pueblos latinoamericanos no estaba supeditada a la Revolución o al avance del socialismo en América, tenía en cuenta los valores autóctonos, y remitía al concepto, presente en la matriz latinoamericanista del siglo XIX, de “unidad natural” de los pueblos americanos.

Sin embargo, después de la “Declaración de Santiago de Cuba” en 1964, se nota un desplazamiento del par “integración/revolución” y la integración de Cuba con el resto de América Latina quedó subordinada a los avances de la Revolución Latinoamericana.

La conmemoración del 26 de julio de 1964, es, dentro de estas conmemoraciones, un discurso muy particular, emblemático, porque se convertirá en el medio por el cual Fidel Castro presenta la Declaración de Santiago de Cuba, frente a las sanciones de la OEA a Cuba. En el mismo discurso Castro lee la llamada “Declaración al pueblo cubano” suscripta por la Novena Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. En esa declaración Castro resalta las contradicciones de ese organismo, al considerar argumentos que son falaces para la actualidad latinoamericana que refiere. Cito, como ejemplo ilustrativo, una parte de la declaración de la OEA:

[...] la misión histórica de América es ofrecer al hombre una tierra de libertad y un ámbito favorable para el desarrollo de su personalidad y la realización de sus justas aspiraciones, y el genuino sentido de la solidaridad americana y de la buena vecindad no puede ser otro que el de consolidar en este continente, dentro del marco de las instituciones democráticas, un régimen de libertad individual y de justicia social, fundado en el respeto a los derechos esenciales del hombre (Castro).

En respuesta a estas y otras cuestiones, que consideraban al régimen revolucionario “ajeno a las tradiciones democráticas y cristianas de las naciones americanas” Castro asumirá la voz de América Latina como contraejemplo a lo esgrimido por la OEA:

Un régimen económico y social ajeno al latifundismo, al analfabetismo, al desempleo, al hambre, a los monopolios yanquis, al plan de machete, a la politiquería, al saqueo del tesoro público, al robo, al

crimen, a la injusticia, al privilegio. Porque, que nosotros sepamos, esas son las tradiciones de la mayor parte de los países de América Latina (Castro).

Pero ya se empieza a notar un quiebre en la relación latinoamericana producido por la votación de los países integrantes de la OEA ante la condena a Cuba. Este hecho refuerza la convicción revolucionaria, y determinará, en parte, el desplazamiento del par “integración/revolución” que se venía observando en los discursos. A partir de este momento la integración quedará supeditada al avance de la Revolución en América Latina:

Frente al llamamiento de los imperialistas a la contrarrevolución, el llamamiento de la Revolución Cubana a la revolución latinoamericana. ¡Llamamiento contra llamamiento! Y veremos quién tiene la razón; veremos de qué lado está la historia, si del lado de ellos o del lado nuestro [...] Hay aquí otro llamamiento a los pueblos europeos para que no comercien con nosotros. Y, claro, los pueblos europeos saben que Estados Unidos desea ciertos privilegios en el comercio internacional, que Estados Unidos desea mantener el monopolio del comercio en América Latina. Los pueblos de Europa saben que cuando un país como Cuba se libera de la explotación y de la dependencia de Estados Unidos, puede comerciar libremente con los demás países del mundo. Antes nosotros teníamos que venderle a Europa, recoger dólares para pagarles a los norteamericanos. Sin embargo desde que triunfó la Revolución, nosotros podemos comerciar libremente con Europa [...] ¿Qué ha demostrado la Revolución Cubana? Que Europa no tiene nada que perder con las revoluciones en América Latina, y *que si los demás países de América Latina se liberan, como se ha liberado Cuba*, esos países comerciarán con Europa en un grado mayor de lo que están comerciando hoy (Castro; énfasis propio).

Esta intervención de Fidel Castro justifica el desplazamiento del dispositivo: “primero la Revolución, luego la integración”.

4.3. Adecuación de la matriz latinoamericanista en el discurso de Fidel Castro: 1965-1986

En primer lugar, entiendo por “adecuación” a la modalización que opera en la MDC en relación con el tratamiento del tema latinoamericano. Modalización que atenúa la presencia del tópico latinoamericanista, tal como fue tratado en la primera etapa (1959-1964). Sin embargo esa “atenuación” no exime al enunciador político de considerar a América Latina dentro del horizonte de expectativa de la Revolución.

4.3.1. El momento histórico

Este segundo período que he recortado del corpus general de discursos presenta características coyunturales que hacen necesario su comentario para entender cómo se adecuó la matriz latinoamericanista en la MDC. Teniendo en cuenta que estos temas fueron desarrollados en otros trabajos del curso, haré una rápida mirada por los hitos más destacados del período, a sabiendas de todo lo que queda por decir, pero que no sería pertinente a los fines del trabajo.

En primer lugar, y como hito coyuntural, nos encontramos en este período con las consecuencias de la Resolución de la OEA: varios gobiernos latinoamericanos rompen relaciones con Cuba y esto es determinante en el cambio

de punto de vista. Por otro lado, según Martínez Heredia, “Hacia inicios de la década de los setenta, a Cuba se le tornó imposible sostener una posición suficientemente autónoma en sus relaciones económicas internacionales y en su estrategia de desarrollo” por lo que “sus relaciones con la URSS se volvieron entonces mayores y más profundas”⁵ En consecuencia Cuba ingresa al CAME y de esta manera sus proyectos quedaron sujetos a esa institución y se vio obligada a tomar un modelo que cerraba las posibilidades de un desarrollo económico “armónico, autónomo y sostenido”, más cercano a los socialismos reales, que retrasaría su propio proyecto socialista nacional.

Otro hito coyuntural de este período será la proclamación de la “única de la Constitución Socialista de la República de Cuba” que entró a regir el 24 de febrero de 1976, inicia el período de “institucionalización”, previo al Primer Congreso del Partido Comunista, en diciembre de 1975, del que Castro refirió en el Acto de masas con motivo de la clausura del congreso, el 22 de diciembre de ese año como [la] “convicción de que el país ha avanzado, que la Revolución es indestructible, que la Revolución se organiza, se institucionaliza y avanza hacia el porvenir”.

El período enmarcado entre estas dos circunstancias, los acuerdos económicos con la URSS y la “institucionalización” de la Revolución, aproximadamente 1971-1976, estuvo marcado por un exceso de dogmatismo y de burocratismo que llevó a deformaciones en la política cultural e ideológica del país. Ambrosio Fornet, ensayista y escritor cubano, denominó esta etapa como el “quinquenio gris”. No obstante las contradicciones internas y externas, la permanente práctica de la autocrítica fue moldeando algunos cambios y se fueron viendo algunos “errores de idealismo”, sobre todo en la conducción de la política económica del país. Por último, en 1986, siguiendo una política participativa, se inicia el “Proceso de rectificación de errores y de tendencias negativas”, en medio de la ya crisis de la URSS y del recrudecimiento del bloqueo por parte de Estados Unidos.

4.3.2. Revolución/integración latinoamericana: dos polos en conflicto

Después de esta breve ubicación coyuntural, veremos cómo el 3 de octubre de 1965, en el acto de presentación del Comité Central del PCC, Fidel Castro alude a la situación generada por el apoyo de varios países latinoamericanos a la Resolución de la OEA de 1964:

Bueno es recordarles los acuerdos que tomaron contra Cuba, bueno es recordarles la complicidad con las fechorías que contra nuestra patria tramó el imperialismo. Y entonces nosotros fuimos los únicos, los que nos levantamos decididos a morir y *dijimos* que *defendíamos* no solo el derecho de Cuba, sino que *defendíamos* la independencia de los demás pueblos de América Latina (Castro; énfasis propio).

El reproche que se desprende de este tramo, conlleva una acción política implícita en el uso del pasado de los verbos comprometidos, a partir de este momento se produce un quiebre en el discurso y en la acción. América Latina es desalojada de un centro de interés y se traslada a una periferia, pero con retorno.

Así comienza la adecuación del tema latinoamericanista en la MDC de este período, diferente al tratamiento del período anterior. Lo vemos en la “velada conmemorativa de los cien años de lucha” realizada el 10 de octubre de 1968 en la cual desvincula la historia de Cuba de la gesta emancipatoria: “Fue

5 Martínez Heredia, Fernando (2010: 14) *Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba (1959-1992)* citado en el curso “Utopías de la Revolución Cubana. Una perspectiva desde el pensamiento crítico”.

ciertamente escasa la influencia que tuvo en nuestra tierra la emancipación de América Latina”

Como también, en el mismo discurso, desmitifica el modelo glorificado, anteriormente, sobre la emancipación americana:

Nuestro país, solo, absolutamente solo, mientras los demás pueblos hermanos de América Latina –que unas cuantas décadas con anterioridad se habían emancipado de la dominación española– yacían sumidos en la abyección, sumidos bajo las tiranías de los intereses sociales que sustituyeron en esos pueblos a la tiranía española: nuestro país solo, y no todo el país, sino una pequeña parte del país, se enfrentó durante diez años a una potencia europea todavía poderosa que podía contar –y contó– con cientos de miles de hombres perfectamente armados para combatir a los revolucionarios cubanos (Castro).

Y en lugar de entroncar la Revolución con las luchas independentistas a través de la glorificación del pasado heroico de Cuba, cuestión que menciona tímidamente hacia el final de esta cita, remite el proceso revolucionario, principalmente, al campo socialista:

Porque la Revolución es el resultado de cien años de lucha, es el resultado del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria, armada del más poderoso pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo-leninismo: arma que vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país.

La homologación presente en el período anterior entre Cuba y América Latina se desdibuja en relación con un nuevo concepto, el internacionalismo:

Unido el pueblo revolucionario, armado de las concepciones más revolucionarias, del patriotismo más profundo, que la conciencia y el concepto internacionalismo no excluye ni mucho menos el concepto de patriotismo, patriotismo revolucionario, perfectamente conciliable con el internacionalismo revolucionario, armado con esos recursos y con esas circunstancias favorables, será invencible (Castro).

En el discurso del 26 de julio de 1970, es otro momento importante para la Revolución, ya que hacia el final de la disertación se anuncia que el ex ministro del Interior de Bolivia, Dr. Antonio Arguedas, quien ya había hecho llegar a Cuba el diario del Che, entrega la mascarilla que le tomaron el día de su muerte y anuncia también que se han recuperado las manos del guerrillero argentino. En esa circunstancia tan particular y en presencia del Primer Secretario del Partido Comunista Búlgaro y de otras delegaciones de la URSS, República Democrática Alemana, Guinea y Cabo Verde, Congo, República Popular Democrática de Corea, Frente Patriótico de Lao, Vietnam del Sur, Hungría, Argelia, República Árabe Unida, entre otras, Castro recupera la memoria de América Latina. Primero con la evocación de Martí: “¡No buscamos glorias, no buscamos honores! ¡Servimos una causa que vale más que todas las glorias del mundo, que –como decía Martí– cabían todas en un grano de maíz”. Y en segundo lugar, universaliza la figura del Che: “El Che pertenece a América. Y un día esas manos estarán donde los pueblos de América quieren o quieran”. El desplazamiento que se produce entre Cuba y América, facilitado por la figura metonímica del Che, coloca en una misma posición a Cuba y a América Latina, pero con una salvedad, que comienza a notarse hacia el final del período: esa asimilación con América Latina no será inminente y tampoco exclusiva. De todas maneras, como podemos ver en la siguiente cita, no deja de llamar la atención que en

la enumeración de los pueblos comprometidos con la Revolución, la mención a América da comienzo, y también cierre, a la serie enumerativa de pueblos:

Nos enfrentamos a batallas difíciles y ganaremos esas batallas. Pero algún día tendremos que formar parte de la comunidad de los pueblos de América Latina. Algún día nuestras patrias no serán fragmentos de un continente balcanizado y subyugado por el imperialismo [...] ¡Juntos los pueblos latinoamericanos, juntos los pueblos de Indochina, juntos los pueblos revolucionarios, y juntos con el pueblo americano, venceremos, venceremos! (Castro).

1972 es el Año de la Emulación Socialista, año en que se firman diferentes acuerdos soviético-cubanos⁶ y como continuación lógica de los vínculos económicos que se mantenían con los países socialistas, en junio de ese año, Cuba ingresa al CAME.

Es a partir de este año, que en el corpus relevado, comienza a explicitarse el conflicto entre la integración y la revolución. Un juego de desplazamientos opera sobre los contenidos, como puede verse en nuestro subrayado correspondiente al discurso del 26 de julio de 1972, en la Plaza de la Revolución:

Nosotros somos latinoamericanos. Nosotros sabemos que ningún país pequeño tendrá la menor posibilidad de salir adelante en el mundo de mañana, mundo que será de grandes comunidades humanas y económicas, en medio de la gigantesca revolución científica y técnica, y en medio de una lucha frente a un imperialismo que todavía existe y existirá un período determinado de tiempo; que nosotros en el futuro nos integraríamos económicamente a América Latina [...] No somos soñadores. Esto que tal vez fue un sueño y sin duda un ideal, producto de la racionalidad en los que hicieron las guerras de la independencia de América a principios del siglo pasado, hoy es una necesidad vital de nuestros pueblos. [...] *¡Pero para que haya integración económica y haya integración política primero tiene que existir revolución social y antiimperialista en América Latina!* (Castro; énfasis propio).

Sostengo, que hay elementos en la MDC que nos permiten inferir que la imposibilidad de integración con América Latina, no está totalmente condicionada a las exigencias de la URSS, aunque no las dejen de reconocer. Sin embargo, se puede rastrear la huella de un componente emocional coherente con la “ética de la convicción” que caracteriza el discurso de Fidel Castro. Me refiero especialmente a una designación que acompaña al sintagma “integración”, que aparece más adelante, en el discurso ya citado, y que a mi criterio no debe menospreciarse: “hoy estamos integrados *espiritualmente* con el campo socialista y nos *integraremos* económicamente con el campo socialista” (énfasis propio). Y me pregunto, si esa integración socialista es “espiritual” porque permitió a la Revolución realizar el destino histórico de Cuba, frente a la “indiferencia” o a la falta de compromiso, latinoamericano, sobre todo teniendo en cuenta que la integración económica aparece enunciada en futuro, como señalé en negrita, dando aún más protagonismo a la dimensión espiritual.

Desde esta hipótesis sería justificable entender lo que se expresa más adelante: “El día que llegue la hora revolucionaria en América Latina, estaremos integrados con América Latina”.

6 Asistencia técnica a Cuba para ampliación de centrales termo-eléctricas (febrero 1972); II Sesión Comisión Intergubernamental Soviético-Cubana para la Colaboración Científico-Técnica (abril, 1972); Ingreso de Cuba al CAME (junio, 1972); Acuerdo entre el Comité de Educación Física y Deportes de la URSS y el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación de Cuba. (octubre de 1972); Diversos acuerdos para fomento de la industria, el transporte y la producción agrícola, créditos y suministros recíprocos de mercaderías (diciembre de 1972).

De manera más explícita aparece el desplazamiento “integración/revolución” hacia “revolución/integración” en el discurso del 26 de julio de 1974, en Matanzas:

Por delante tenemos un gran trabajo de integración con nuestros hermanos latinoamericanos, de unión, puesto que algún día tendremos que formar parte de una gran comunidad latinoamericana, presupuesta, desde luego, la Revolución. ¡Nuestro recurso natural más importante es nuestro pueblo y a ese pueblo hay que prepararlo para el futuro! (Castro).

Hacia 1977 notamos que, a pesar de la coyuntura, aparece una mención a América Latina vinculada a la historia común, en definitiva, a la idea de destinos compartidos:

Al ingresar al CAME, hace ahora más de cuatro años, lo hicimos en nuestra triple condición de país socialista, país subdesarrollado y país inscripto en la historia, en las tradiciones y en las esperanzas revolucionarias de la América Latina./ Afirmamos entonces que nos proponíamos ser un vínculo entre las posibilidades abiertas por el socialismo europeo en su proceso de integración como sistema coherente y firme, y los requerimientos de una América Latina que trataba de escapar a las condiciones que le imponían su dependencia de la metrópoli imperialista y las insuficiencias del mercado capitalista mundial./ Somos parte de la comunidad socialista, a la cual nos integramos, y somos parte también de la comunidad de pueblos latinoamericanos, a la cual nos integraremos plenamente algún día, y con aquellos gobiernos capaces de adoptar posiciones independientes y progresistas estamos dispuestos a hacer el máximo a nuestro alcance en los terrenos de la colaboración y el intercambio económico, cultural y científico-técnico (Castro).

Vemos cómo en este tramo del discurso, pronunciado en Cuba, el 18 de enero de 1977, con motivo de la Apertura de la 79 Reunión del Comité Ejecutivo del CAME, la “integración” vuelve a aparecer en un horizonte de expectativa a futuro y también con cierta incertidumbre que se expresa en el indefinido “algún día”.

Sin embargo, en el cierre del discurso referido, y dirigiéndose al Presidente del Comité Ejecutivo del CAME, aparece activada la matriz latinoamericanista del siglo XIX, con los componentes (el destacado es nuestro) que remiten rápidamente a una memoria histórica compartida por los pueblos americanos:

Miramos al futuro con optimismo. Por eso hoy, al saludarlos en nuestra patria socialista, en esta pequeña isla que es como un peñón irreductible y como un faro revolucionario a las puertas del continente americano, la presencia de ustedes en Cuba nos parece la imagen anticipada de la América Latina y el mundo por los que batallamos; esa América Latina donde no existirán el capitalismo ni el imperialismo, ni sus ideas reaccionarias; esa *América Latina libre, fraterna, grande y unida*, que se alzará algún día para ocupar el lugar honroso que le corresponde en el porvenir de la humanidad, y que dará sentido definitivo y triunfal a la dilatada gesta de nuestros héroes, desde los sueños libertadores de Hidalgo, Bolívar y Martí, hasta las alboradas fecundas del Che Guevara y Salvador Allende (Castro; énfasis propio).

En 1978, en el discurso del 26 de julio, en Santiago de Cuba, se vuelve a resaltar el “internacionalismo” en detrimento del “*latinoamericanismo*”:

[...] las armas en nuestra patria están al servicio de las más nobles causas de la Revolución y del internacionalismo [...] No haremos ninguna concesión, no traicionaremos nuestros principios internacionalistas, no nos doblegaremos jamás a las exigencias y en chantaje imperialista (Castro).

La ayuda a Nicaragua, al Frente Sandinista de Liberación Nacional, y ante la presencia de combatientes nicaragüenses, obliga a Fidel Castro a recuperar en el discurso del 26 de julio de 1979, en Holguín, los lazos naturales con América Latina:

[...] porque durante tanto tiempo fue casi un crimen visitar Cuba; durante tanto tiempo el imperialismo trató de cortar los lazos con nuestros pueblos hermanos de América Latina y del Caribe; durante tanto tiempo se nos bloqueó, durante tanto tiempo se prohibió y se impidió el acercamiento y el desarrollo de los *lazos naturales*, históricos, lógicos entre el pueblo nicaragüense y el pueblo cubano (Castro).

En el Informe Central al Segundo Congreso del PCC, fechado en La Habana entre el 17 y 20 de diciembre de 1980, que aparece seleccionado en la recopilación que realizara el Dr. Luis Suárez Salazar, *Latinoamericanismo vs. Imperialismo* (2009; 176-195), aparece nuevamente la inscripción de la matriz latinoamericanista.

La historia reciente, de ese momento, de algunos pueblos latinoamericanos como Nicaragua, El Salvador, Granada y Guatemala, autoriza al discurso castrista a inscribirse una vez más en esa matriz histórica común:

[...] ¿Quién puede impedir que más tarde o temprano nuestros pueblos luchen? No durará eternamente la opresión, no imperarán eternamente el terror y el miedo [...] /Es hora de decir que los pueblos latinoamericanos no temen a nada ni a nadie [...] ¡Cese el repugnante intento de intimidar a los patriotas de América Latina, a los hijos de Bolívar, de San Martín, de O'Higgins, de Sucre, de Hidalgo, de Morelos, de Morazán, de Maceo y de Martí (Castro).

Como puede verse aparece un tono conmemorativo que amplía el "panteón de la nación latinoamericana" en ese recorrido por los héroes latinoamericanos.

Para terminar de manera provisoria con este trabajo, tomaré de la recopilación del Dr. Suárez Salazar, un discurso que cierra temporalmente esta segunda etapa y que corresponde al año 1986, año, que como dijimos, instala la necesidad de revisar ciertos errores y tendencias negativas en el devenir revolucionario. He tomado fragmentos del Informe Central al Tercer Congreso del PCC, realizado en La Habana entre el 4 y el 8 de febrero de 1986, en los que aparecen nuevamente los componentes estables de la matriz latinoamericanista, conformada ya como memoria histórica a la que es posible recurrir según las circunstancias coyunturales:

Las contradicciones objetivas de los intereses económicos del Imperio y los de nuestros pueblos cada vez más evidentes, que refuerzan la necesaria tendencia histórica de América Latina hacia su desarrollo y su liberación definitiva, preámbulo indispensable para las transformaciones más profundas que requiere nuestra región./ en esa posición latinoamericana, incluso, corrientes no marxistas como los socialdemócratas pueden jugar cierto papel positivo [...] / Sin embargo, sería erróneo no tomar en cuenta que entre las fuerzas demócratacristianas y socialcristianas de América latina pueden

encontrarse elementos progresistas, por lo cual no sería acertado ni válido identificar a todos los gobiernos demócratacristianos que surjan en el área como fuerzas necesariamente negativas [...] / [...] como expresión del deseo de muchos cristianos, partiendo de sus propias convicciones religiosas, de construir un mundo presidido por la *fraternidad, la igualdad y la justicia entre los hombres* (Castro; énfasis propio).

Y como muestra de ese desplazamiento entre el par “revolución/integración” que se venía dando durante este período analizado, podemos ver cómo explícitamente se produce una inversión de los términos comprometidos. Esta nueva inversión o desplazamiento, creo que puede responder a varios factores, que juegan *interrelacionadamente* en el proceso de la Revolución Cubana. Entre ellos, los externos, la crisis inminente de la URSS y las continuas agresiones indirectas a través del bloqueo; desde los internos, la mayor participación de la sociedad civil, el aumento de la *democraticidad* del sistema y la autocrítica permanente, por ello creo que Fidel Castro asume esta nueva situación de la proyección externa de la Revolución:

En relación con el desarrollo y el futuro de América Latina, planteamos que no basta solo la anulación de la deuda y el nuevo orden económico internacional, *es imprescindible la integración económica si queremos disponer en el siglo XXI de un lugar en el mundo.*

5. Consideraciones finales. A pesar de todo, América Latina

Cerrar un trabajo implica revisarlo, volver sobre lo dicho y observar, muchas veces con asombro, si lo que nos condujo en primer lugar a escribir, sigue en ese lugar, si no se ha desplazado de la idea original o si en el recorrido analítico fue perdiendo peso o “verdad”, o si por el contrario, se ha agigantado por las evidencias, que por encima del propósito del analista, se han acrecentado en su recorrido, independientemente del curso que quisiéramos darle.

En mi caso, han sucedido algunas de las cuestiones que mencioné. En primer lugar, comencé trabajando con un recorte temporal que creí conveniente, teniendo en cuenta, principalmente, el afianzamiento de las relaciones con la URSS: 1959-1972 y 1973-1986. Cuando armé el corpus, según ese recorte, fui percibiendo que algo no funcionaba en relación con lo que me planteaba comprobar. Quiero aclarar, aunque resulte redundante, que las organizaciones del material a analizar no deben responder a la hipótesis *a priori*, pero sí deben ser funcionales a ella. Rápidamente pude ver que debía agrupar el corpus de otra manera, la Declaración de Santiago de Cuba, era un hito importantísimo que se instalaba como “bisagra discursiva” entre los dos períodos, razón que me llevó a reformular el recorte con el que finalmente trabajé. Por otro lado, y en relación con la hipótesis que pretendía mostrar, desde la superficie discursiva y a sabiendas de que el discurso es sólo una materialidad visible, y por lo tanto engañosa, que requiere de un trabajo hacia la profundidad que permita “hacer visible lo invisible”, siento, más que considero, que he logrado corroborar sobradamente dicha hipótesis. No por mi trabajo, sino por el trabajo discursivo de Fidel Castro, que ha permitido demostrar una continuidad discursiva, a pesar de los cambios estructurales con respecto al proyecto autóctono revolucionario, adecuado a las condiciones coyunturales que sobrevinieron con la Guerra Fría, y que inscribieron a Cuba como una “cuña soviética” en pleno corazón americano. Si bien se pudieron observar desplazamientos en el tópico de la integración latinoamericana, nunca fue olvidada la matriz latinoamericanista, que forma parte de la memoria histórica de los pueblos americanos. Ha sufrido

cambios, se ha travestido en un internacionalismo, se ha demorado, ha vuelto a aparecer y hoy más que nunca integra una de las utopías revolucionarias que transfiere al hombre la posibilidad de transformar el mundo. Creo aún, que la Revolución con sus aciertos y errores, todavía es una apuesta creativa ante los despojos que deja el capitalismo.

Bibliografía

- AMOSSY, Ruth 2000 *L'argumentation dans le discours* (París : Nathan).
- ANDERSON, Benedict 1993 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo* (México: FCE).
- ARISTÓTELES 1966 *El Arte de la Retórica* (Buenos Aires: Eudeba).
- ARNOUX, Elvira 2008 *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862) Estudio glotopolítico* (Buenos Aires: Santiago Arcos).
- ARNOUX, Elvira 2004 "La reformulación *interdiscursiva* en Análisis del discurso" en AA. VV. *Actas del IV Congreso Nacional de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas* (Lima: Universidad Ricardo Palma).
- BARTHES, Roland 1982 *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica* (Barcelona: Ediciones Buenos Aires).
- BEACCO, Jean Claude 1988 *La rhétorique de l'historien. Une analyse linguistique de discours* (Berna: Peter Lang).
- CANAU, Joel 2002 *Antropología de la memoria* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- CANAU, Joel 2001 *Memoria e identidad* (Buenos Aires: Del Sol).
- CANTÓN NAVARRO, José 1996 *Cuba. El desafío del yugo y la estrella* (La Habana, Si-Mar).
- CORRARELLO, Ana María 2007 "Fundación de la memoria revolucionaria. Cuba: 1959-1962". Tesis de maestría en Análisis del discurso, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- COURTINE, Jean-Jacques 1981 "Analyse du discours politique. Le discours communiste adressé aux chrétiens" en *Langages* (París), N° 62: 9-127.
- CHARAUREAU, Patrick 1995 "Une analyse sémiolinguistique du discours" en *Langages* (París) N°117.
- FOUCAULT, Michel 1999 (1973) *El orden del discurso* (Barcelona: Tusquets).
- FOUCAULT, Michel 1999 (1970) *La arqueología del saber* (México: Siglo XXI).
- GUERRA VILABOY, Sergio; Maldonado Gallardo, Alejo 2006 *Breve Historia de la Revolución Cubana* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- MARTÍ, José 1946 *Escritos de un patriota* (Buenos Aires: Jackson).
- MENGUENEAU, Dominique 2002 "Problème d'ethos" en *Pratiques* N° 113/114: 55-67.
- PERELMAN CH. y OLBRECHTS-TYTECA, L. 1989 *Tratado de la argumentación* (Madrid: Gredos).
- PLANTIN, Christian 1990 *Essais sur l'argumentation* (París: Kimé).
- SUÁREZ SALAZAR, Luis 2009 *Latinoamericanismo vs. Imperialismo. Recopilación de discursos de Fidel Castro* (México: Ocean Sur).
- SUÁREZ SALAZAR, Luis 2000 *El siglo XXI: Posibilidades y desafíos de la Revolución Cubana* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- SUÁREZ SALAZAR, L. y GARCÍA, Lorenzo 2008 *Las relaciones interamericanas. Continuidades y cambios*. (Buenos Aires: CLACSO).
- VALDÉS, Paz s/d "Nota sobre el sistema político cubano" (La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- VERÓN, Eliseo 1996 *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad* (Barcelona: Gedisa).

Fuentes

AA.VV. 1965 *Declaraciones de La Habana y Santiago* (La Habana: Editora Política).

CASTRO, Fidel s/d "Discursos de Conmemoración del 26 de Julio". En: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos>>.

CASTRO, Fidel 1976 *Discursos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales), Tomo I, II y III.

CASTRO, Fidel 1973 *Amistad fraternal e inquebrantable* (Moscú: Agencia de Prensa Nóvosti).

